

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existen depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbará, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 247

25 cts.



**AMOR
FILIAL**

POR
Rudolph Schildkraut,
Kate Price,
etc.

FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción } Vía Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 247

AMOR FILIAL

Emocionante novela cinematográfica, interpretada
bajo el siguiente REPARTO:

<i>David Cominsky</i>	Rudolph Schildkraut
<i>Rosa, su mujer</i>	Rosa Rosanova
<i>Maria</i>	Niña Jean Johnson
<i>Su madre</i>	y Blanche Mattaffy
<i>Isaac</i>	Kate Price
<i>Samuel</i>	Niño Alberto Bosholano
<i>Rosario Stein</i>	y Arthur Lubin
	Niño Bobby Gordon
	y George Lewis
	Virginia Brown Faire
	etc.

SUPER JOYA UNIVERSAL

Exclusiva de

Hispano American Films

Valencia, 233

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
IVY DUKE

AMOR FILIAL

Argumento de la película

En Nueva York, como en otras grandes poblaciones, existe un barrio en el que residen los hebreos como en una ciudad propia.

La raza judía, desparramada desde hace siglos por todo el mundo, forma grupos de emigrantes procedentes de todos los rincones del globo. Cada uno de ellos vive acariciando su sueño dorado de felicidad y prosperidad, pero, generalmente, sólo encuentra la realidad del trabajo duro, del sufrimiento y de las privaciones.

La señora Shannon y su hija María gozaban del privilegio de vivir entre los israelitas, a cuya raza eran extrañas.

Los niños de los mercaderes hebreos, que llenaban con sus carritos y barracas el barrio, como en importantes encantantes, querían mucho a María por su bondad de corazón.

—¡Qué linda y qué humana es la irlandesa! — solían exclamar al verla.

David Cominsky, hebreo ruso de gran cultura, vivía en el barrio, dedicado a vender ropita para niños, a pesar de que la experiencia le había demostrado que aquel arrabal de la ciudad no era mercado para su modesto comercio.

Ser judío y no dar ciento y raya al mejor mercader es casi un absurdo. El viejo David era demasiado piadoso. Aquel día, una mujer, de humilde aspecto, acercóse a su carrito y le preguntó, después de revolver los géneros, el precio de un vestido.

—Un dólar, señora, y es barato.

—Yo no puedo pagar un dólar por esto. Mi

marido está sin trabajo; tengo dos hijos con sarampión y la semana pasada hubo fuego en casa...

—¡Caramba!

—¿Quiere usted treinta y cinco céntimos?

—Es muy poco... pero quédeselo. Se lo doy por ese precio por su hijito. A mí me gustan mucho los niños.

—Gracias, señor, gracias...

La mujer, al ir a pagar, dejó su monedero sobre varios géneros, y distraídamente lo abrió, cayendo al mismo tiempo unos billetes, que apresuradamente volvió a encerrar, sin que David los hubiese visto.

Al marcharse la mujer, un compañero y compatriota de David, que vendía no lejos de él frutas y hortalizas, dijo al noble viejo:

—Le advierto, David, que esa mujer tiene más dinero que usted y yo juntos. Es usted demasiado blando de corazón y se aprovechan de su bondad.

David se encogió de hombros y hundiéndose de nuevo en la lectura de su consejero inseparable: la Biblia.

Rosa, la mujer de David, trabajaba todo el día, y a veces hasta altas horas de la noche, en la confección de las ropitas que su esposo vendía luego.

—¡Samuel! ¡Samuel! — gritó la buena mujer asomándose a la ventana que daba a la calle.

Un muchacho de unos diez años de edad respondió a la llamada.

Samuel, vendedor de periódicos, era el hijo menor de David y Rosa. Excelente carácter y muy simpático, era muy apreciado en el barrio, pero los chicos de su edad le temían cuando se trataba de riñas, pues tenía los puños fuertes.

—¿Qué quieres, mamá?

—Cómprame un kilo de pan de centeno.

La madre le echó el dinero envuelto en un papel, y Samuel fué a cumplir el encargo en seguida. Como pasó por delante del carrito de su padre, éste le detuvo y le dijo:

—¿A dónde vas, pequeño?

—A comprar pan para mamá.

—No te entretengas, porque dentro de un momento empieza nuestra fiesta ritual.

—No tengas cuidado, papá.

Pero Samuel encontró a María, la dulce irlandesa, y ésta, cariñosa con él más que con todos los otros muchachos del barrio, le ofreció la mitad de un pastel de natilla, entreteniéndole para charlar un ratito de sus cosas...

Isaac, el mayor de los hijos de David y su orgullo, regresaba en aquellos momentos al barrio, procedente del colegio, con los libros debajo del brazo.

Un muchacho, temido en el barrio por sus rebeldías, la había tomado con Isaac, y al pasar éste por su lado le tiró los libros al suelo y le dirigió varias cuchufletas, para que se riesen todos los que presenciaban su hazaña.

Isaac no se defendió. Era débil y cobarde.

Samuel, al ver el atropello cometido con su hermano, se puso furioso.

—Jacob Roseblatt se está burlando de Isaac otra vez. Ya verás tú si se atreve a hacer lo mismo conmigo — dijo a María.

Muy decidido, el pequeño Samuel se enfrentó con el "matón", y sin mediar muchas explicaciones se liaron a puñetazos.

Jacob parecía más fuerte y la suerte de Samuel era indecisa.

Mientras se peleaban, Melchor, el mercader que tenía su puesto casi inmediato al de David, acudió a separar a los luchadores.

—¡Holgazanes! Sinvergüenzas!

Un espectador cogió a Melchor por los brazos y le dijo:

—¡No se meta usted en lo que no le importa! ¡Déjelos que hagan puños, que yo tengo un dólar para el que gane!

Melchor calló, y por el afán del premio, Samuel redobló, centuplicó sus energías, consiguiendo, no sin esfuerzos, derribar a su contrincante. Y el dólar fué para él.

Isaac, el muy cobarde, habíase separado del grupo, regresando tranquilamente a su casa, sin impor-

tarle si a Samuel le estaban haciendo daño por su culpa.

David, al llegar a su casa, lo cual hizo antes que Isaac, sentóse dando muestras de gran cansancio.

Rosa, la buena esposa, le miró con piedad y cariño.

—David, estás muy cansado y no debes ir esta noche a la Sinagoga.

—Sí, Rosa. Iré. Debo ir. Ya sabes que no he faltado nunca.

Samuel, con el duro que le dió el desconocido, recibió su calurosa felicitación.

—¡Ha sido una buena lucha! Si queréis aprender a boxear, venid por mi Academia. He aquí una tarjeta mía para cada uno. Y ahora, daos las manos en señal de reconciliación. Hay que ser fuertes pero nobles.

Al presentarse Isaac en su casa, su padre le besó con adoración. ¡Oh, el hijo modelo!

Rosa preguntó al cobarde muchacho:

—Hace ya un buen rato que le dije a Samuel que comprase pan. ¿Le has visto?

—Sí. Estaba en la esquina, peleándose, como siempre, con los chicos.

—¡Vaya un hijo que tenemos, Rosa! — lamentóse David.

Isaac se había sentado ante una mesita para trabajar.

—¡Pero es tan hijo nuestro como ese! — respondió la madre mostrando a Isaac.

—¡No, como ese, no! Samuel acabará mal, pero muy mal. ¡Fíjate en Isaac! Siempre estudiando, mientras que Samuel, ¡peleándose siempre!

—Es posible que Isaac no estudiara tanto si tuviera que vender periódicos, para ayudar a la casa, como su hermano.

Pero David, cegado por Isaac, no quería saber nada de Samuel.

Rosa, en cambio, aunque quería a los dos hijos por igual, que era lo que había de ser, defendía a Samuel, tal vez más de la cuenta, porque le veía indefenso...

David, con las mayores atenciones posibles, interrumpió a Isaac en sus estudios.

—Ahora deja los libros, hijo mío; va a empezar nuestro día de descanso.

—Sí, papá.

Samuel llegó un poco después.

—Ten, mamá.

Le dió varios paquetes.

—Pero... ¿de dónde has sacado el dinero para comprar todas estas cosas, si yo no te di más que para pan?

—Me lo he ganado peleando con Jacob Rosemblatt.

David llamó a sí a Samuel enérgicamente y le miró un ojo amoratado.

—¡Ah, granuja!

Se disponía a darle unos cuantos correazos para corregirle a lo bruto, ya que él lo era.

Rosa, temblando como si el castigo fuese destinado a ella, logró calmar a David.

—David, acuérdate de que es sábado y no puedes trabajar.

Y David renunció al castigo.

—Mamá tiene razón, Samuel, pero ya procuraré que no se me olvide la zurra mañana por la noche.

Isaac no dijo nada. El muy hipócrita abusaba del cariño de su padre portándose como un enemigo con Samuel.

Diez años después, todo seguía igual en el hogar de David y Rosa.

Todo igual pero distinto. No en balde pasaran los años para los dos viejos.

Los sueños de David respecto a su hijo Isaac se habían realizado, pues éste acababa de revalidarse en Derecho con muy buenas notas.

Al llegar, aquella tarde, a su casa, recibiendo con su presencia, David más que Rosa, enorme alegría, dijo Isaac:

—Mamá; ¿no está la cena lista todavía? Tengo que salir en seguida para un asunto muy importante.

—Tenemos que esperar a Samuel. ¿Sabes tú dónde está?

—¡Qué he de saber! Yo no me reuno con él, con vendedores de periódicos y boxeadores de poco más o menos.

Rosa no pudo tolerar la forma ofensiva de Isaac hablando de Samuel.

—¿Qué tienes que decir de tu hermano? Samuel es un buen muchacho. Con el dinero que gana vendiendo periódicos se está pagando una Academia.

Samuel no tardó en llegar. Desde la puerta, sonriendo a todos, tiró su gorra a la percha del fondo del comedor, acertando a colgarla.

David, que se agachó al pasar la gorra a escasa distancia de su cabeza, hubo de contrarrestar la defensa que de él acababa de hacer Rosa.

—¡Sí que puedes estar orgullosa de lo en que ha invertido el dinero y el tiempo tu señor hijo! ¡Para buena cosa le va a servir!

Samuel, que no era rencoroso, dió una palmada a su padre en el hombro.

—¡Hola, padre! — exclamó.

El viejo, doliéndose de la parte tocada por la mano de Samuel, comentó con disgusto que no era fingido:

—¡Y que Dios me haya conservado la vida para oír que un hijo me llame padre!... ¡¡Padre!! ¡De qué mal gusto es esta palabra!

Como Isaac tenía mucha prisa, se sentaron todos a la mesa.

Mientras David bendecía la comida en largo rezo, Samuel, que acababa de ver a alguien que le interesaba más que el comer, se levantó de su silla por dos veces, pues la primera fué sorprendido por su padre, retrocediendo a mitad de camino, y se asomó a la ventana, mirando a la de enfrente.

¿Quién estaba en ella?

¡Quién sino María!

Los diez años transcurridos habían hecho una mujercita adorable de la pequeña María.

María vivía con su madre, quien, como ella, quería a Samuel de todo corazón.

—¡Hola, María!

—¡Hola, Samuel!

—Ya has visto como papá me reñía, pero es su costumbre. ¿Qué mal hay en que yo te diga a todas horas que eres mi vida?

—Tu papá quiere que seas muy serio.

—Con ser bueno y que tú me quieras...

—Tu papá quisiera que fueses como Isaac.



—¡Hola, Marial!

—¡Hola, Samuel!

—No hablemos de mi hermano. Y adiós, que deben impacientarse, aunque es raro que no hayan venido a buscarme. No te olvides de que me prometiste que vendrías conmigo a la Academia esta noche.

Apenas hubo dicho esto Samuel, David le tiraba de la oreja para conducirlo a la mesa.

Un poco después, sin esperar a cenar tranquilamente, confeccionándose un sandwich con lo sólido de la cena, Samuel se levantó de la mesa para irse.

—¿Adónde vas? — preguntóle su padre.

—¿Adónde ha de ser! ¡A la Academia!

—¿A cuál de ellas? ¿A la en que se aprende a jugar con los dados, o a la de darse de puñetazos?

—Estoy aprendiendo a ganarme la vida honradamente.

Samuel salió, reuniéndosele en el pasillo de la escalera, al extremo del cual vivía con su madre, María.

Como años atrás ella con él, Samuel partió con María el sandwich, y muy felices se encaminaron a la Academia.

David, olvidándose pronto de Samuel, se ocupó de los asuntos de Isaac, contemplando a éste como si fuera un dios.

—¿Cómo te va en el despacho, Isaac? Muy pronto podrás establecerte por tu cuenta, ¿verdad?

—Ese es mi deseo, papá.

—¡Dentro de dos años podrás ser juez, hijo mío!

—Ya hablaremos de todo eso otro rato. Ahora tengo mucha prisa, papá.

Isaac tomó de la percha su sombrero y salió.

David estaba triste. El hubiese querido hablar horas y horas con Isaac. Rosa le dijo:

—Tienes que hacerte cargo, David, de que nuestros hijos son ya casi unos hombres y es natural que les aburra la casa. ¡Y menos mal si tardan en abandonarla definitivamente!

Al suponer que un día el hogar quedaría vacío, la buena mujer lloraba.

David enmudeció... ¿Era posible pensar en que Isaac se separaría de su lado?

En otro barrio de la ciudad, bien distante del suyo, Isaac despachaba el asunto importante que reclamaba su presencia.

Hallábase en casa de Rosario Stein, de la que estaba perdidamente enamorado.

Guillermo Stein, célebre abogado y padre de Rosario, se preocupaba seriamente del porvenir de su hija.

De acuerdo Isaac con Rosario, aquella noche el abogado supo las intenciones de ambos.

Dijole Isaac, mientras Rosario escuchaba a alguna distancia:

—Señor Stein, tengo el honor de pedirle la mano de Rosario.

—¿De modo que usted desea casarse con mi hija? Muy callado tenían ustedes el secreto. No esperaba, en verdad, esta sorpresa. Pero yo no le conozco a usted más que de tenerle conmigo en el despacho, y desearía saber algo de su familia.

Temeroso de que la humilde condición de sus padres fuese obstáculo para sus planes, Isaac renunció a los suyos.

—No tengo familia. Estoy solo en el mundo. He hecho la carrera por mi solo esfuerzo; sin ayuda de nadie.

—Eso dice mucho en favor de usted, Isaac, y, desde luego, si Rosario me asegura que está dispuesta a unirse a usted, yo no tengo nada que objetar.

—Gracias, señor Stein.

Rosario, que se reunió con su padre al ver que la cosa iba por buen camino, afirmaba que quería a Isaac.

En tanto, en otro apartado rincón de la ciudad, Samuel se adiestraba en el arte del boxeo.

María tenía fe en su novio y no se permitió nunca quitarle de la cabeza el afán de boxear, puesto que él hacía del boxeo su medio de vida, convencido de ganar algún dinero dando puñetazos noblemente.

El director de la Academia y empresario de combates, que era el mismo hombre que diera diez años atrás un dólar de premio a Samuel por haber vencido a Jacob Roseblatt, dijo a María, al enterarse de que estaba prometida a Samuel y cuando éste se reunía con ella para marcharse:

—Tiene usted por novio a un futuro campeón.

Los dos jóvenes sonrieron.

—Hoy a la cama tempranito, Samuel — continuó el "manager" —. Acuérdate de que mañana por la noche has de luchar con un hombre muy fuerte.

—Seguiré el consejo. Ya sabe usted que soy prudente.

En el barrio hebreo, y a causa del calor, los vecinos que no tenían galería en sus casas salían a tomar el fresco sentándose en la acera de la calle.

Jeremías, uno de los amigos de David y vecino suyo, hablaba con su Blasa de aquél y Rosa, que también habían salido a que les diese un poco el aire.

—Los pobres viejos viven bien ahora, Isaac es abogado y Samuel gana bastante con los periódicos.

Pero he aquí que un repartidor de prospectos pasó por el barrio y depositó en manos de Jeremías un programa que decía así:

CLUB ATLETICO

Sábado, 3 de Agosto

a las 10 de la noche

SENSACIONAL ENCUENTRO

a 10 rounds

entre

D O L A N y R O O N E Y

Habrá otros cinco sensacionales combates

A ambos lados del programa había un retrato, de Dolan y Rooney, respectivamente.

Jeremías, al leer el anuncio de la velada deportiva, creyó soñar. ¡Pues no reconocía a Samuel en el retrato correspondiente a Dolan!

—¡Mira, tú, Blasa!... ¡Si es Samuel! ¡Ya me parecía a mí que había algo más que los periódicos!

—Así no es extraño que gane tanto dinero.

—A lo mejor su viejo no sabe nada. Le voy a enseñar el programa.

Jeremías, sin pensar en las consecuencias de su acción, mostró a David el anuncio de la velada, y cuando el severo hebreo vió el retrato de su hijo con un nombre supuesto, palideció; y sin decir una palabra, empujando a Rosa, regresó a su piso.

—¿Qué ocurre, David?

—¡Mira! ¡Es Samuel!... ¡Nuestro hijo! ¡Mira a lo que ha llegado!... ¡A pugilista!... ¡Dios de Israel!... ¡Que un hijo se haya rebajado a tanto!

Samuel, ajeno a la cólera que se había apoderado de su padre al enterarse de su profesión, llegó a su casa.

Muy hostil, David le dijo:

—Veo que reniegas de tu apellido para llamarte Dolan.

Le mostraba el programa.

—Te explicaré, papá...

—A través de muchas generaciones nuestro nombre se ha conservado sin mancha y ahora tú lo arrastras por el suelo.

—Lo hago por ganar dinero para ustedes.

—¡No! ¡Eres un vago! ¡Vete de mi casa! ¡Has muerto para mí!

—Está bien... Te obedezco.

Rosa imploraba a David que impidiese que Samuel se marchase, pero el viejo se mantuvo firme en su actitud desesperada.

—¡Adiós, mamá!... ¡Madre mía!

Rosa abrazó llorando a su hijo, y aunque sus brazos querían retenerlo, la autoridad del padre venció su noble deseo.

Desde su casa María había presenciado la dolorosa escena y reunióse con Samuel junto a la puerta del piso de sus padres.

—No te aflijas, Samuel... Tú eres bueno... Tu padre tiene sus cosas y no tardará en perdonarte. En casa tenemos una habitación sobrante y podrías quedarte en ella, si no fuera por las malas lenguas...

—Gracias, María... gracias... Ya sé donde ir... Cualquier amigo me recibirá en su casa.

¡Pobre Samuel! ¡Lloraba su alma al alejarse de su hogar, del que tan injustamente había sido arrojado!

Isaac llegó a poco a su casa. Su felicidad no conocía límite. ¡Casarse con Rosario! ¡Su carrera protegida por su suegro! ¡Ideal! ¡Ideal! La suerte no le abandonaba.

Al verle, como siempre, David no vio a nadie más que a él.

Isaac entró en su habitación, tras breve saludo a sus padres.

—¡Este es un verdadero hijo!... ¡Nuestro único hijo, Rosa! ¡De él sí que podemos estar orgullosos! — exclamó David como un niño ante un juguete amado.

Rosa no respondió y sus lágrimas eran más amargas.

En su habitación, Isaac liaba su maleta, para marcharse en seguida... para siempre.

Al salir de su cuarto, dijo a sus padres:

—He tomado una habitación cerca del despacho. Esto me pillará muy lejos. Acabo de alquilarla y debo ir allá ahora mismo.

David miraba, sin comprender nada, a su hijo.

Rosa, que veía más claro, le pidió explicaciones.

—¿Te marchas, nos dejas...?

—Mis ocupaciones y mi porvenir lo hacen necesario.

—No es eso. Es que te da vergüenza vivir aquí, en esta mísera casucha. Te crees más hombre de lo que eres. Piensas que has triunfado ya...

David atajó a Rosa.

—¡Mujer! Isaac sabe demasiado lo que hace. Si el vivir en otra parte puede influir en que se haga un gran hombre, yo no me opongo a que se vaya.

Eso era un gran sacrificio para el viejo... pero, ¿no se trataba de Isaac? ¡Qué no haría él por Isaac!

El ingrato no tuvo piedad de su viejo y besando a David y a Rosa fríamente abrió la puerta para desaparecer.

David le dijo aún, cariñosamente:

—Acuérdate, hijo mío, de que todos los viernes, por la noche, comemos pescado relleno, que tanto te gusta...

—No se me olvidará, papá...

Al cerrarse la puerta tras de Isaac, David llevóse un pañuelo a los ojos. ¡Bah! Resignación. Todo por su hijo.

Rosa, dolorida como madre, gimió:

—El pequeño se va porque tú le echas, y el mayor porque quiere... ¡Qué solos nos quedamos! ¡Qué solos!

—No llores, mujer. ¿No me tienes a mí? Además, Isaac no se olvidará de nosotros.

De Samuel, nada, como si no existiese.

**

Al llegar el invierno, David salió también a la calle a ganarse la vida como vendedor ambulante.

Melchor, que le apreciaba mucho, charlaba en los ratos de calma con él.

Aquella tarde nevaba.

—Ríase usted del frío con este abrigo, David. Por años que usted viva no logrará verlo usado, porque los años no pasan para él.

—Lo traje de Rusia y lo uso todos los inviernos. ¡No lo vendería ni por todo el oro del mundo!

Rosa, que no podía hacerse a la idea de no ver a Samuel, fué a la Academia aquella tarde, para llevarle ropa interior.

El "manager" la recibió con muchas atenciones. Rosa había visto a Samuel haciendo ejercicios prácticos para desarrollar sus músculos, uno de ellos el saltar a la comba, y suponiendo que se divertía, dijo al "manager":

—¡Si será criatura ese hijo mío!

El director sonrió a la buena mujer, contestándole:

—Sí, es una criatura que vale mucho y que llegará a ser un verdadero campeón en cuanto pueda dar buenos puñetazos. Lo voy a llamar.

Samuel tuvo una alegría inenarrable al ver a su madre. No dejó de preguntar por su padre... y por Isaac. ¿Cabía mayor nobleza que interesarse por el hermano hipócrita?

—Ya sabes por María que Isaac no está en casa... pero es feliz y tu padre está tranquilo. Mira, te traigo ropa interior de abrigo, porque hace demasiado frío.

—¡Qué buena eres! Yo, en cambio, voy a darte algún dinero. Toma, para que compres lo que os haga falta a ti y a padre.

—No, Samuel. Este dinero es tuyo.

—No importa, mamá. Quiero que lo aceptes.

—¿De verdad no lo necesitas?

—De verdad. Más falta os hará a vosotros que a mí.

—Nosotros pasamos bien o mal con lo que gana tu padre, que cada día está más viejo. Este dinero lo ocultaré por si algún día tú mismo lo necesitas... o alguna enfermedad me obliga a echar mano de él.

—Siempre que pueda te entregaré alguna cantidad. Lo que quiero es que vengas a verme a menudo.

—Sí, Samuel. Pero ahora me marcho en seguida. Tu padre debe estar al llegar a casa.

—Adiós, madre.

—Adiós, hijo mío. Y, abrigate, ¿eh?

David llegó a su casa antes que Rosa. Tenía frío. Calentóse las manos junto al fuego.

Cuando Rosa regresó, le reprochó su ausencia.

—A nadie más que a ti se le ocurre andar por la calle en una tarde tan fría y oscura como esta. Yo no saldría ahora de casa ni por un millón de dólares.

—Fuí a ver a una amiga, y charlando, charlando se nos pasó el tiempo.

—¿Vas a preparar la cena?

—Sí, David.

Inopinadamente llegó a la casa Isaac.

—¡Hijo mío! ¡Qué sorpresa! — exclamó el padre.

Rosa también se alegró. ¡No iba a alegrarse, si era su hijo!

Isaac estaba preocupado. Sentóse en el sofá apoyado en la pared, junto a la puerta, y no dijo una palabra.

Sus padres se miraron con sorpresa.

—¿Qué te pasa, Isaac? ¿Estás enfermo? — preguntó David, sentándose a su lado.

Isaac no contestaba.

—¿Tienes disgustos... dificultades?

—No... Nada de eso... Necesito dinero.

—¿Necesitas dinero...? Eso es grave...

—Me hace falta, inmediatamente, un traje de etiqueta. Mi porvenir depende de ello.

—Dinero... no tenemos, hijo mío...

—Sí, ya sé... ¡Es inútil que me esfuerce por hacer carrera! ¡Sin dinero no se va a ninguna parte! Rosa reprochaba con los ojos a su hijo su afán de lujo. ¿Por qué quería un traje de etiqueta? ¡Para vencer no necesitaba presumir, sino trabajar!

Pero David, el pobre David, no sabía negarle nada a Isaac. Si lo que necesitaba era dinero, ¿no tenía él un abrigo de pieles por el que le pagarían un buen precio?

¿Sería capaz de vender su abrigo de pieles, del que tan necesitado estaba, por un puñado de dólares para su hijo?

¡Naturalmente! ¡Todo lo daría por la felicidad del hijo modelo!

Rosa, sin comprender la intención de David, limitóse a decirle, cuando se disponía a marcharse:

—Pero, David, ¿no dijiste que no saldrías ni por un millón de dólares?

—¡Qué quieres, Rosa! Los padres somos siempre esclavos de los hijos.

Y, risueño, pensando en la alegría que proporcionaría a Isaac, el buen viejo salió.

Rosa, entonces, como madre y como mujer, censuró la conducta de Isaac.

—¡Vergüenza debiera darte que tu padre tenga que salir con una noche así para conseguirte dinero!

—No sabía a quien dirigirme, mamá. Vosotros sois los únicos que podéis ayudarme.

—Tu padre es injusto tratándote como te trata. Yo que soy tu madre, la que siempre oculta los defectos de sus hijos, no puedo disimularte el disgusto que me causa tu orgullo, tu ingratitud, ¡porque tú ya no nos quieres!

—¿Por qué me hablas así, mamá?

—Hijo mío..., no te enojés. Yo quisiera que amases mucho a tu padre. El pobre lo merece...

En la Academia de boxeo Samuel y un compañero decidían salir a la calle para hacer una carrera sobre la nieve, pues era un excelente ejercicio.

David fué a la tienda de un conocido.

—Vengo a venderle un buen abrigo de pieles.

—¿Cuál?

—Este que llevo puesto.

Se lo quitó y extendiólo sobre el mostrador.

—¿Qué le parece?

El judío examinó las pieles del forro y se encogió de hombros.

—Esto no puede comprarse.

—¿Desprecia usted mi abrigo? ¡Poco entiende usted en pieles, amigo! No faltará quien reconozca su justo valor.

—No se vaya usted tan de prisa. Por tratarse de usted, se lo tomaré.

—¿Cuánto me da por él?

—Le daré diez dólares.

—¡Está usted loco!

—No se ponga así, David... No quiero que se disguste usted conmigo... Vamos a ver... No porque el abrigo lo valga, sino porque es usted un amigo, le daré quince dólares.

—¡De ningún modo! ¡Buen amigo es usted!

—Le doy veinte dólares, y ni una palabra más.

—No puede ser. Con veinte dólares no tengo suficiente para comprarle a mi hijo Isaac un traje de etiqueta, que es para lo que quiero el dinero.

—¡Por Dios, David! ¿Por qué no lo ha dicho usted antes? Yo tengo trajes de etiqueta tan buenos como los de un Rey.

—Pues a cambio de un traje de esos le cedo yo mi abrigo. ¿Hace?

—¡Qué negociante es usted, David! Abusa usted de la amistad.

—Es para mi hijo, ¿sabe usted?

Isaac, en la casa de sus padres, se lamentaba de la tardanza del buen viejo.

—Papá tarda demasiado y yo no puedo esperar más.

—¿Te parece que tarda? ¡A ver si crees tú que el dinero cae de los árboles! ¡Pues no te olvidés de que es invierno y que ahora no dan ni hojas!

David, con la caja conteniendo el traje de etiqueta

vendido por el judío capaz de vender su alma, caminaba por la nevada calle, tiritando y cegado por los copos de nieve que formaban un tupido velo.

No vió un "auto" y recibió un golpe, cayendo al



—Dios premia a los jóvenes buenos que ayudan a los ancianos.

suelo. Afortunadamente no fué nada. Pero no podía incorporarse por sí solo.

La casualidad quiso que Samuel, corriendo con su compañero de Academia, viese caer al anciano y lo recogiese lleno de piedad. Al reconocer a su padre ahogó un grito de sorpresa y dolor.

David, sin verle, pues su vista estaba nublada, dijo a Samuel:

—Dios premia a los jóvenes buenos que ayudan a los ancianos.

Aseguróse bien debajo del brazo la caja conteniendo el traje de etiqueta, y continuó:

—Yo tengo un hijo como usted, que es un gran abogado y no tardará en ser un buen juez.

Samuel soltó a su padre, poniéndolo en el buen camino, y murmuró, lleno de amargura su corazón:

—¡Pobre viejo mío! ¡No me ha conocido!... ¡Mejor!..

Y cayendo aquí y levantándose allá llegó David a su casa.

Isaac apresuróse a preguntarle, sin fijarse en que regresaba sin abrigo:

—¿Lo conseguiste?

David, haciendo gestos infantiles, abrió la caja y mostró a Isaac el traje de etiqueta.

—¡Aquí está el traje que querías, hijo mío!

Pero Isaac, que quería dinero, sufrió una decepción. Se puso el abrigo y el sombrero y despidióse en el acto de sus padres.

—Tengo mucha prisa.

—Pero ¿no te llevas el traje, Isaac? — dijo el padre.

—¡Ah! Es verdad. Gracias.

Isaac tomó la caja con el traje... pero en la calle, al pasar por delante del primer cubo de basuras, la tiró en él.

En su precipitación por marcharse de la casa de sus padres dejóse olvidados Isaac los guantes. David los encontró y dijo:

—¡Se ha dejado los guantes aquí! ¡A ver si coge un enfriamiento!

Apenas pronunció tales palabras estornudó.

—No te preocupes por Isaac. Tú eres el que me parece que lo ha cogido — dijo Rosa.

En efecto, David estornudó otra vez y muchas veces más.

—¿Y tu abrigo, David? — preguntó Rosa.

—Calla, mujer. ¿No comprendes que tuve que venderlo para que Isaac tuviese su traje de etiqueta?



Veinticuatro horas son para algunos un espacio de

tiempo brevísimo. En cambio, para otros, cada minuto es un siglo.

Isaac recibió en su casa particular el siguiente aviso urgente:

Querido hijo:

Tu padre está gravísimo y pide que vengas a verle inmediatamente.

Te espera con impaciencia, tu

Madre.

La primera intención de Isaac fué acudir a ver a su padre, aunque sentía tener que renunciar a Rosario por aquella noche.

Esta le telefoneó casualmente.

—A propósito — le dijo Isaac —. Me parece que no voy a poder ir a verte esta noche.

—No seas malo, Isaac. Me ofreciste que vendrías sin falta.

—Es que...

—¡Bueno! ¡No vengas, si es que tienes algo que hacer más importante que verme a mí!

—¡No te enfades, Rosario! ¡Más importante que eso, nada! Ahora mismo voy.

El enfermo llamaba a su hijo modelo.

Rosa, María y su madre y Jeremías se preguntaban unos a otros qué hacía Isaac que tardaba tanto.

—¡Isaac!... ¡Hijo mío!... ¿Por qué no vienes?

Samuel, avisado por María, llegó a la casa de sus padres.

Se quedó en la puerta de la habitación del enfermo. María le enteró del estado del anciano, y Samuel, emocionado, se abrazó a su madre.

—Hijo mío, espera. Tu padre aguarda a Isaac. Ya veremos lo que se ha de hacer. El pobre está muy grave.

—¡Isaac!... ¿Dónde está Isaac?... ¡Quiero darle mi bendición! — decía David ansiando que su hijo llegase.

Hasta el enfermo llegó el murmullo de los que rodeaban a Samuel, y dijo, alegremente:

—¿Está ya ahí Isaac? ¡Isaac, ven aquí!

La muerte parecía querer apoderarse de un momento a otro del enfermo; y Rosa, por piedad, con-

certó con Samuel un engaño. ¡Samuel fingiría ser Isaac y así el enfermo quedaría tranquilo!

Samuel acercóse lentamente al lecho. Su madre apagó la luz. No era de temer que David se diese cuenta del cambio, pues apenas veía. ¡Con decir que no distinguía ni a Rosa!



María le enteró del estado del anciano...

Al estar cerca de su padre, Samuel se arrodilló.

—¡Isaac, hijo mío! — exclamó el enfermo dando un suspiro de alivio.

La emoción oprimía el corazón de Samuel. La farsa que interpretaba por piedad le hacía mucho daño. ¿Por qué no gritar que él era Samuel y que estaba dispuesto a todo por salvar a su querido viejo?

David tocó a su hijo y se estremeció de alegría. En cambio, Samuel, no pudiendo aguantarse más, rompió a llorar convulsamente, hundida su cabeza en las sábanas del lecho.

—¡Que Dios... te bendiga... y te guarde... y te dé... prosperidad... y te haga... feliz! — pronunció David, como agotado.

Un poco después, el médico separaba a Samuel de la cabecera del enfermo. El muchacho lloraba sin cesar.

Y sucedió, como cosa de milagro, que el médico, examinando detenidamente al enfermo, apreció de pronto que la enfermedad había hecho crisis favorablemente.

—Ya no hay que desconfiar de la salvación — anunció triunfante.

Samuel estaba inconsolable, y lloró más todavía al oír como su padre decía:

—¡El... Isaac... mi hijo!... ¡A él le debo la vida!

La convalecencia no tardó en llegar, pero el médico recomendó cosas difíciles de cumplir.

Samuel, que iba todos los días, sin que le viera su padre, a interesarse por su salud... y a ayudar a su madre a atender a la enfermedad, encontró aquel día a María en la calle y le dijo:

—En esta misma calle se alquila un pisito. Quiero que vengas a verlo conmigo.

María comprendió para qué quería el pisito Samuel, y fué con él a visitarlo.

Luego Samuel acompañó a María hasta su casa, y Rosa, que acababa de despedir al doctor, informó a su hijo de las recomendaciones que había hecho.

—Dice el médico que si tu padre no cambia de clima no vivirá más de seis meses.

El dolor de Samuel era intenso. Parecía mentira que adorase tanto a su viejo. María comprendía su sufrimiento y adivinaba lo que pensaba en aquellos momentos.

—Yo tengo ahorrado algún dinero que destinaba para ca.... Pero eso costará más de lo que yo tengo — murmuró Samuel no osando mirar a María—. Sin embargo... dejadme... Ya veré si encuentro una solución...

Salió a la calle, y después de dar vueltas y más vueltas por las calles y a su imaginación buscando una fórmula de arreglo, decidió recurrir a su "manager".

Estaba éste muy ocupado con unas visitas. A pe-

sar de todo Samuel le llamó y le dijo, apartado de los demás, fuera de su despacho:

—Señor Nolan, necesito inmediatamente una cantidad de dinero.

—¡Dinero! Ahora no puedo entretenerme en hablar contigo. Estoy con todas las localidades vendidas para el combate de campeonato que se celebra esta noche, y Miguel se ha roto un dedo.

Nolan volvió a reunirse con sus visitas, que eran el boxeador contrincante y su "manager" y un admirador.

Samuel, paseándose por el corredor, detúvose de pronto en un cartel anunciador de la velada de la noche, y tuvo una idea. Empujó la puerta del despacho de Nolan y dijo decididamente:

—¿Por qué no me pone usted a mí enfrente del campeón?... ¡Yo necesito dinero!

—¡No seas tonto — replicó Nolan—. Tú no estás en condiciones aún y Ryan te desharía.

El campeón miró a Samuel y sonrió, descontando que lo haría polvo si se presentaba a luchar con él.

Miguel, que también estaba allí, abogó por Samuel.

—Deje usted a Samuel que pelee. Por lo menos la lucha resultará divertida para los aficionados.

La idea era excelente, teniendo en cuenta que Miguel no podía boxear, y Nolan aceptó que éste fuese suplido por Samuel.

María había invitado a la madre de Samuel al cinematógrafo aquella noche — según le dijo —, y se quedó su madre haciendo compañía a David.

David, según su costumbre, leía.

—Todos los hijos debieran leer este libro. Mi hijo Isaac se sabe de memoria estas máximas de la Biblia y en ellas inspira su conducta — dijo David a la madre de María suspendiendo por un momento la lectura.

Jeremías se presentó en casa de David sin que le esperaran.

—¿Qué te trae por aquí, Jeremías?

—Vengo a enseñarte algo que te interesará leer.

Le dió un periódico señalando con el dedo el suelto que debía leer.

David, ajeno a la sorpresa que iba a recibir, enteróse del siguiente eco:

BODA ARISTOCRÁTICA

En la suntuosa morada del prestigioso abogado don Guillermo Stein se celebrará esta noche un banquete para solemnizar la petición de mano de su hija Rosario por el ya notable jurisconsulto Isaac Cominsky, un joven huérfano que ha sabido labrarse un brillante porvenir con su solo esfuerzo.

—¡Eh! ¡No puedo creerlo! ¡Isaac Cominsky un huérfano! ¡Este no puede ser mi hijo! ¡Debe haber error! — exclamó el pobre padre sudoroso y jadeante.

—Sí, se cometen muchos errores — respondió Jeremías—. Tú cometiste uno cuando estabas tan malo al dar tu bendición a Samuel, porque Isaac se hallaba demasiado ocupado para venir a verte.

—¿Qué dices? ¡Por nuestro Dios, Jeremías!

—Te digo la verdad, David, porque es preciso que sepas de una vez quién es tu hijo Isaac. Tú has estado ciego todo este tiempo y siempre. ¡Isaac es el hijo ingrato! En cambio Samuel, el hijo que echaste a la calle, está en estos momentos rompiéndose la cara por ti.

—¿Por mí? ¿Por qué?

—¡Sí, peleando por ti; expuesto hasta a perder la vida, para que puedas cambiar de clima y ponerte bien!

—¡Oh, calla, Jeremías! Quiero convencerme por mis propios ojos de esto que dice el periódico de Isaac Gominsky.

La madre de María se oponía a que David saliese a la calle, pues el médico se lo tenía aún prohibido; pero como David insistió en salir, la buena mujer dijo a Jeremías que le siguiese.

En el Stadium, en tanto, contendían Samuel y el campeón. El público había protestado del cambio de Miguel por Samuel, pero la curiosidad venció a los descontentos. Seguramente el campeón se luciría exhibiendo su gran clase de juego y finalmente haría morder el ring al novel boxeador.

Samuel recibía durísimos golpes de su rival, y todo hacía presumir que iba a ser derrotado desastrosamente.

Rosa, a pesar de que el Stadium estaba a oscuras, a fin de que el ring, única parte iluminada, tuviese mayor intensidad de luz, no estaba convencida de que se hallaba en el cinematógrafo.

—Pero ¿qué clase de cine es este, María?

Los boxeadores enardecían a las masas. Rosa se fijó en dos hombres que se pegaban y sus buenos sentimientos se rebelaron.

—¿Por qué se pegan esos dos hombres? ¿Han tenido alguna cuestión?

María callaba, siguiendo punto por punto las incidencias del combate que tan desfavorable se mostraba para Samuel.

De pronto Rosa reconoció en el boxeador caído a su hijo y ahogó un grito de dolor.

—¡Pero si es Samuel!... ¡Mi hijo! ¡Está herido!... ¡Mira! ¿Por qué le pega, ahora que ha logrado levantarse, el bárbaro ese?

María hubo de decir la verdad, llorando de amor y piedad.

—Samuel está haciendo esto para ganar los mil dólares del premio para que su padre pueda ir a California a recobrar la salud.

—¡Mi pobre Samuel! ¡Alma generosa! ¡Pero eso no es justo! ¡No! ¡No quiero que le pegue más ese hombre!

—¡Ya reacciona, señora Rosa! ¡Duro, Samuel! ¡Duro!

María gritaba y lloraba a un tiempo.

Rosa, llorando también, agitaba los brazos y gritaba con desespero, hiriéndose con sus gritos:

—¡Sé fuerte, Samuel! ¡Así! ¡Así! ¡Así! ¡Oh, María! ¡Dios no le desampara! ¡Porque Samuel es bueno! ¡Más, hijo, más!

Sus gritos se confundían con los de los espectadores, que enardecían a los boxeadores.

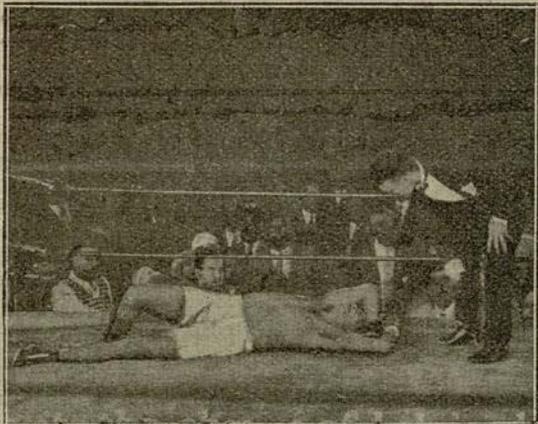
Pero la reacción de Samuel duró poco. Un nuevo golpe de su adversario lo desplomó otra vez.

El árbitro contaba los segundos, y rápida, como

si estuviera segura de que, al verla, su hijo se levantaría, Rosa se abrió paso y llegó hasta las cuerdas.

—¡Hijo mío! Ya no puedes más, ¿verdad?

Samuel abrió los ojos, y al ver a su madre sintióse como electrizado. Se puso en pie. Pensó en su padre. El adversario le dirigió nuevos golpes, pero como si volviese a recuperar como por encanto sus



El árbitro contaba los segundos...

fuerzas, en un supremo esfuerzo, le hizo frente con dureza.

—¡Hala, hala! — gritaban los espectadores—. ¡Bien, pequeño, bien! ¡Duro! ¡Duro! ¡¡Bravo! ¡¡Bravo!

Nolan lloraba mordiéndose los dedos. Samuel estaba desconocido. No inducía a la risa, sino que su bravura, su deseo de vencer por un ideal tan noble, hacían estremecer de emoción a cuantos sabían por lo que luchaba y a los que consideraban que quería conquistar gallardamente el título de campeón.

Y Dios ayudó a Samuel, poniendo en un último golpe la energía suficiente para derribar definitivamente al adversario.

—¡¡Hurra!!

Nolan no pudo abrazar a Samuel. El, un hombre fuerte, acostumbrado a ver vencer y derrotar, lloraba como un niño.

La ovación que se ganó Samuel fué estruendosa, pero poco pudo oír de ella, ya que, sin energías para seguir aguantando, cayó sin sentido en el ring.

¡Los mil dólares eran suyos! Lo demás, ¿qué le importaba al noble muchacho?

En tanto el pobre David llegaba a la casa del abogado que iba a ser suegro de Isaac. Llamó. Le recibió un criado. Jeremías entró tras él.

El banquete de esponsales se hallaba en su momento culminante.

El señor Stein brindaba por los novios.

—Mi mayor orgullo es que mi hija se case con un hombre que ha luchado solo, sin ayuda de nadie, para conquistar el puesto que hoy ocupa...

David dijo al criado:

—Deseo ver a Isaac Cominsky. Soy su padre.

El fámulo cumplió el encargo, y la presencia de su padre en aquella casa produjo tal impresión a Isaac, que, sin encontrar otra salida, dijo:

—Yo no tengo padre. Eso es algún error. Dígale que se vaya.

El criado llevóle la respuesta a David.

—El señor Cominsky dice que no tiene padre. Es posible que se haya usted equivocado de casa...

—¿Qué dice usted, señor...?

—Haga el favor de seguirme.

El criado echó a andar hacia la puerta, y David, en vez de seguirle, entró en el comedor, buscando con la mirada a Isaac.

—¡Isaac! — gritó al verle.

Isaac, por no revelar a todos su mentira, renegó de su viejo.

—¡Isaac, habla! ¡Que te oiga yo decir que no tienes padre!

Dirigiéndose a todos, Isaac comentó:

—Este hombre debe estar loco. ¡Yo en mi vida le he visto!

David comprendió, y en su deseo de no perjudi-

car a su hijo, decidió aceptar que era loco o ciego o lo que quisieran.

—Dispensen ustedes... Es posible que yo me haya equivocado... Desgraciadamente mis ojos ven ya poco...

Y sosteniéndose milagrosamente en pie salió de la casa, y con él Jeremías.

Samuel recibió de Nolan un cheque de mil dóla-



..y al salir del Stadium, María le dió un premio mayor...

res, y al salir del Stadium María le dió un premio mayor: sus labios y su alma toda.

En la estación del Metropolitano, Samuel, mientras esperaba con su madre y María su tren, entregó a la primera el dinero ganado.

—Guárdalo, mamá. Es para que papá pueda hacer el viaje que le ha mandado el médico y se ponga bien del todo.

—¡Hijo mío, no encuentro palabras para elogiarte! Jeremías y David llegaron también a la estación del Metropolitano. Al verlos, Rosa y María fueron



—¡Has negado a tu padre y quiero ver si niegas a tu hermano!

a su encuentro. Samuel se apartó, para que su padre no le viese.

El pobre padre estaba trastornado. No conocía a nadie ni oía nada. Parecía un autómata. El desengaño había sido terrible.

Samuel, al enterarse de lo ocurrido, no titubeó en ir a la casa del abogado Stein, para enfrentarse con Isaac. ¡Ah, el muy canalla! ¡El miserable!

El criado cerrábale el paso, y lo apartó de un energético empujón.

Al aparecer ante los invitados, que seguían en la mesa, Isaac palideció. ¡Su hermano allí!

—Perdón, señores... Vengo a hablar con mi hermano.

El criado iba a echar al intruso, pero el dueño de la casa le hizo signo de respetar a Samuel.

Este se encaró entonces con Isaac.

—¡Has negado a tu padre y quiero ver si niegas también a tu hermano!



—¡No merezco tu perdón, papá! ¡He sido siempre un cobarde!

Isaac no osó defenderse, y Samuel, agarrándolo por las solapas lo arrastró hasta el "auto" que lo esperaba fuera.

Nadie se atrevió a oponerse. La infamia de Isaac era patente; y Rosario apartóse a sus habitaciones para llorar su desdicha.

Al llegar a su casa, Samuel arrojó a los pies del pobre viejo al ingrato.

La acción de su hermano hizo despertar los buenos sentimientos del hijo pródigo.

—¡He sido un egoísta!... ¡Un canalla! — reconoció.

David sonrió.

—¡Pero te arrepientes! ¿Verdad, hijo mío, verdad?

—¡No merezco tu perdón, papá! ¡He sido siempre un cobarde!

—Yo te perdono, hijo mío, te perdono porque quiero que seas bueno. Ya ves. Ya estoy alegre. Tú has vuelto. Te desviaste del buen camino pero regresas de nuevo a mí. ¡Abrázame!

Rosa también abrazó a su hijo, creyendo en la sinceridad de su arrepentimiento, que era verdadero.

La escena resultaba conmovedora.

David llamó a Samuel, que seguía en la puerta.

—¡Ven aquí, Samuel, hijo mío! ¡Contigo he sido muy injusto y muy duro! ¡Perdóname!

—¡A mis brazos, papá!

—He sido un equivocado al creer que en la vida sólo se puede triunfar por medio de los libros, mis únicos amigos desde la infancia. Pero en estos tiempos y en este país, se puede alcanzar la fama y la fortuna hasta dando puñetazos.

Isaac pidió también perdón a Samuel.

—Sí, Isaac, yo te perdono. Yo siempre te quise,

María estaba allí; sí, estaba allí, lo cual quiere decir que esperaba algo.

David se fijó en ella y, uniéndola a Samuel, dijo sonriente:

—Como yo no estoy ya en edad de luchar con nadie, y menos con un profesional del puñetazo, aquí está María para que se pelee contigo, si quiere, Samuel.

¡Y ya lo creo que María y Samuel se pelearon... a besos!

—En cuanto a tu novia, Isaac — prosiguió el padre—, si su amor es como el que unirá a tu hermano con María, yo conseguiré que vuelva a ti, que al fin y al cabo tú renegaste de mí por exceso de amor hacia ella.

Y no se equivocaba David, porque Rosario deseaba ardientemente una aclaración... y ello demostraba que quería a Isaac.

Títulos que no debe V. olvidar

LA VIUDA ALEGRE

La Novela Semanal Cine-
matográfica — Ediciones
especiales — Se está ago-
tando

M A T E R N I D A D

LOS GRANDES FILMS
Casi agotada

LOS NIÑOS DEL HOSPICIO

LOS GRANDES FILMS,
que se pondrá a la venta
mañana

¡Tres grandes éxitos!